

LA TRAMA MEDITERRÁNEA. SOBRE LOS ORÍGENES HISTÓRICOS DEL MEDITERRÁNEO (Y DE EUROPA)

Francisco A. Muñoz

Departamento de Historia Antigua, Instituto de Paz
y Conflictos, Universidad de Granada

Existe una cierta paradoja cuando hablamos del Mediterráneo, por un lado es aprehendido y comprendido con cierta facilidad, especialmente cuando es percibido como *Mare Nostrum*, pero por otro es difícil alcanzar una definición que nos satisfaga completamente. Parece como si nuestro imaginario fuese capaz de abarcarlo pero nuestro intelecto tuviera dificultades. La razón de esta disfunción podría residir en su complejidad física, humana, histórica, cultural o religiosa. Una complejidad que alcanza desde lo más global o genérico a lo más particular, atravesando todas las escalas, desde lo más pequeño a lo más general. Esta complejidad puede convertir al Mediterráneo en una maraña que separa, que actúa de frontera, como un espacio comunicativo, de acuerdo con la capacidad que tengamos para entender y vivir su riqueza (MUÑOZ-BELTRÁN, 2004).

Para superar esta dificultad propongo un abordaje desde el reconocimiento de las relaciones entre las comunidades, reconociendo todos aquellos enlaces e interacciones que favorecen la creación de un espacio unitario, lo que voy a llamar *trama mediterránea*. El Mediterráneo como resultado final de minúsculas interacciones que con el paso del tiempo se muestran mayúsculas. La construcción del Mediterráneo no existiría sin estas relaciones que comienzan en todas las entidades humanas (personas, grupos y población en general), que se entrelazan entre sí salvando los obstáculos geográficos y culturales, sin ser constreñidas por los estados ni por las fronteras físicas ni políticas.

Este entrelazado se creó como una respuesta de los grupos humanos a su supervivencia, a la satisfacción de sus necesidades, a su conflictividad. Muchas de las decisiones y acciones de las personas y los grupos del entorno mediterráneo podrían favorecer esta dinámica, desde la del agricultor al obtener excedentes que después serán utilizados en los intercambios hasta un monarca al elegir la dirección de sus relaciones diplomáticas. Este proceso no depende directamente de la conciencia mediterránea de las gentes ya que, en la mayoría de las ocasiones, actuarían guiados por el pragmatismo de sus anhelos y necesidades sin estar ligados

a los significados de las instituciones y los marcos geográficos o geopolíticos donde se mueven. Así la *trama* relaciona las actividades humanas, redimensiona y da sentido a cada uno de los hitos sociales e históricos que articula.

Mi punto de vista es deudor de la Investigación para la Paz (*Peace Research*) y si queremos de una “Historia de la Paz”, en la que es necesario reconocer los conflictos y las acciones de paz como “motores” de las realidades sociales. Sin perjuicio del papel desempeñado por la violencia en muchas ocasiones. Los conflictos, inherentes a la especie humana, nos relacionan con los satisfactores (que incluyen técnicas, normas culturales e instituciones) y los bienes necesarios para colmar las necesidades de las personas, los grupos, las instituciones, los estados y las sociedades. En la medida en que lo hacen siendo respetuosos con las necesidades de los otros, podemos catalogarlas de pacíficas. Y, justamente al contrario, cuando en los procesos de toma de decisiones no se satisfacen las necesidades de los demás, hablamos de violencia (MUÑOZ, 2005). Desde este enfoque son las necesidades, intereses, sentimientos, objetivos, satisfactores, bienes, deseos y percepciones de cada momento, lo que nos define una matriz múltiple con la que operaban las diversas agrupaciones sociales mediterráneas y frente a la cual debían de buscar vías de regulación.

De esta manera podremos entender ese sinfín de contactos que a lo largo de los siglos terminan conformando lo que llamaremos *trama mediterránea*, en la que cada cultura aporta sus experiencias y modelos, de tal forma que la pertenencia a este tejido común hace que sean transmitidos, potenciados, discriminados o sincretizados. Paulatinamente la acción de los grupos humanos que llegaron a sus orillas lo utilizaron como medio de vida y de comunicación, inicialmente cretenses y fenicios y después —ya en el continente europeo— griegos. A partir de ellos, hasta nuestros días, las relaciones que se han establecido han sido heterogéneas en contenidos e intensidad pero permanentes. Aunque también sabemos que esta subyugante tendencia sólo representa una parte de la realidad, ya que las sociedades tienen una fuerte tendencia a ser autárquicas y las relaciones exteriores eran esporádicas y especialmente costosas. La convivencia entre autarquía y la trama es paradójica cuando no abiertamente contradictoria. Una contradicción superada en el sentido que nos ocupa en miles —aunque minoritarias— ocasiones que le dan sentido a la historia de los pueblos. Me atrevería a decir que esta fuerte inercia centrípetas, muy lógica puesto que se busca la tranquilidad de unas necesidades medianamente satisfechas, es el principal freno a los intercambios y la expansión. La autarquía es la principal “frontera” para la movilidad humana.

Con la idea de “trama” queremos matizar y completar el concepto tradicional de “frontera”: aquello que separa, el confín de los estados. Sin embargo, su etimología proviene del latín *fron*te y *-ero*, que nos da el significado de “puesto y colocado enfrente”, lo que necesariamente no quiere decir separar. En este sentido las fronteras existen y no tienen por qué ser necesariamente un problema. Lo que está enfrente podría ser nuestro interlocutor, el “otro”, quien nos identifica. La idea de

“trama”, tal como la quiero utilizar, se opone al concepto restringido y antagónico de frontera, pero es complementaria con una visión topológica, que solamente describe la ubicación en cada momento. Una situación desde la que se puede establecer comunicaciones.

1. EL CONTEXTO GEOGRÁFICO-HISTÓRICO

El Mediterráneo es un mar de reducidas dimensiones, elipsoidal y cerrado, ubicado entre las placas tectónicas africana y europea. Con las Columnas de Hércules, estrecho de Gibraltar, como único vínculo con el océano Atlántico, un paso relativamente pequeño de apenas 15 km, por donde se efectúa el aporte de agua hacia el interior. La estanqueidad de las aguas, la evaporación y la salinidad relativamente elevadas hacen que las mareas sean débiles y las aguas más bien calientes. Estas características contribuyen a la existencia de un clima caracterizado por estaciones muy marcadas, veranos secos y calurosos, inviernos suaves y muy húmedos, régimen pluviométrico irregular que le da nombre al llamado clima mediterráneo. Benigno, habitable y a través del cual es factible el transporte y los contactos entre los asentamientos humanos costeros.

A pesar de que se acostumbra a hablar del Mediterráneo, quizás el mar interior más grande del mundo, como si fuera un mar físicamente homogéneo, también se puede ver como una serie de pequeñas cuencas o mares. Así, la cuenca occidental incluye el mar de Alborán, el mar de Argelia o la cuenca Balear, el mar de Liguria y el mar Tirreno. La cuenca oriental contiene el mar Adriático, el Jónico, el Egeo, el de Libia y el de Levante. Estos accidentes junto con las penínsulas, Anatólica, Balcánica, Itálica e Ibérica, los estrechos (Bósforo, Dardanelos, Otranto, Messina, Gibraltar, ...) y las innumerables islas, jalonan todo el espacio y acortan las distancias en tramos subdivididos hasta alcanzar todos los confines del mar (BAS PEIRRED, 2002).

Las islas están distribuidas de manera desigual, en la parte oriental el mar Egeo, limitado al sur por la relevante Creta, está formado por más de 2.000 islas, que se dividen en varios archipiélagos: Cícladas (más de veinte islas que han jugado un papel central en el desarrollo de la cultura desde tiempos prehistóricos), Dodecaneso, Espóradas, Norte del Egeo y las del Golfo Saronico. Al oeste de la península balcánica, en el mar Jónico, las islas Jónicas, que sirven de conexión con el Adriático a través del canal de Otranto (70 km de anchura).

El Adriático, entre las penínsulas de Italia y los Balcanes, en forma de golfo alargado (800 km.) y estrecho (200 km) está jalonado por más de 1.000 islas, de las que las principales son las croatas de Krk, Cres, Brač, Korčula, Dugi Otok, Hvar, Mljet y Šipan, y al suroeste el archipiélago de Tremiti separado por 40 km de la península de Gargano, en Apulia. Prácticamente en el centro del Mediterráneo se hallan Malta y Sicilia que, quizás por esta circunstancia, hayan jugado un papel histórico tan relevante a lo largo de los tiempos. Sicilia es la más extensa de todas las islas del mediterráneo y con mejores condiciones de habitabilidad. Sepa-

rada de la Península Itálica por el estrecho de Messina (3km) y rodeada de los archipiélagos Egades, Eolias; y algo más alejadas las islas de Ustica al norte y al sur Pantelleria, a 70 km. de las costas africanas y 110 km de Sicilia, y Pelasgas, y cercanas a ellas, ya en el golfo de Gabes, a poca distancia de la costa africana, las islas Kerkenna y la de Djerba.

Ya en el occidente, Córcega y Cerdeña –la segunda en extensión– cierran el mar Tirreno, donde se encuentra el archipiélago toscano en el mar de Liguria (Elba, Capraia etc.) y otras islas de menor dimensión como son las Lipari y Egades, Lampedusa o el archipiélago Campano (Capri, Ischia, etc.). Menos de 400 km. separan Córcega de Menorca, la segunda de las islas Baleares como un nuevo punto equidistante de la Península Ibérica (poco más de 100 km.) y las costas africanas (poco más de 120 km.). Cercana al estrecho de Gibraltar, Alborán es el último hito insular en este recorrido que hemos realizado de Oriente a Occidente. Asimismo, la cuenca mediterránea está prácticamente rodeada por montañas (Atlas, Montes del Tauro, Balcanes, Apeninos, Alpes, Pirineos, Bética...) si exceptuamos las costas entre Egipto y Libia, donde la plataforma Sahariana y el desierto llegan al mar. Entre las montañas y el mar se extiende una franja que raramente supera los 20 km de ancho y a línea de costa –aproximadamente 46.000 km– está en la mayoría de los casos fraccionada y compartimentada, lo que ha posibilitado asentamientos especializados y limitados en lo que podríamos llamar su espacio vital. La visualización de estas montañas desde el mar ha sido siempre de gran ayuda para la navegación. Por otro lado, las cuencas fluviales (Nilo, Danubio, Tiber, Po, Ródano, Ebro, Guadalquivir, etc.) que vierten sus agua al mediterráneo ayudan a regenerar el agua y la vida y sus valles son fuentes de recursos, especialmente agrícolas y de gran utilidad como vías de comunicación. Casi todas las líneas hipotéticas de enlace que pudiéramos ver sobre el papel han tenido su funcionalidad histórica: Creta-(Rodas)-Chipre-Península Anatólica; Creta-islas Egeo-Península Balcánica; Creta-Egipto; mar Egeo-mar de Mármara-mar Negro; Península Balcánica-Islas Jónicas-Península Itálica; Península Itálica-Sicilia-Cap Bon; Golfo de Génova-Córcega-Cerdeña-costas africanas; Cerdeña-Menorca (Baleares)-Península Ibérica; Península Ibérica-Baleares-norte de África; Península Ibérica-(estrecho de Gibraltar)-norte de África; etc. Así la máxima distancia de 3.750 km, existente entre el golfo de Iskenderum (la antigua Alexandretta, en la actual Tuquía) y el peñón de Gibraltar (Península Ibérica) puede ser salvada con cierta facilidad. Igualmente la extensión de cerca de tres millones de kilómetros cuadrados (a los que se debería sumar el Mar Negro, y los mares de Mármara y Azov) han podido ser gestionados a lo largo de la historia con la ayuda del ingenio y los esfuerzos de las gentes de sus orillas.

Su unidad histórica es indiscutible a pesar de que su unidad geográfica esté sustentada casi exclusivamente por ser un espacio relativamente cerrado, con un clima, una flora y una fauna con un cierto grado de homogeneidad. Las múltiples especies y endemismos, las variaciones del paisaje (bosque, estepas, oasis, litora-

les o continentales) no hacen sino diversificar las respuestas humanas y darles la oportunidad de convertirse en unitarias por la proximidad, la accesibilidad y la comunicación, terrestre o marítima. Efectivamente, los contactos terrestres, limitados en los siglos y milenios anteriores, se verán multiplicados con la aparición de la “talasocracia” cretense, y sobre todo a partir del siglo VIII a. C., de la mano de las colonizaciones fenicia y griega. Los conocimientos marítimos y los avances tecnológicos (conocimiento geográfico y cartográfico, construcción de embarcaciones, técnicas de navegación, construcción de puertos, etc.) permitieron contactos más continuos, y el flujo de personas y culturas. La navegación acorta los tiempos de transmisión de la cultura.

2. EL ENTRAMADO MEDITERRÁNEO

El mar se convierte en determinante, es protagonista de todo lo que ocurre, es medio de vida, transporte y comunicación de las comunidades del entorno. Establece el contacto entre unos puntos y otros del Mediterráneo de tal manera que quedan todos interrelacionados. Es como el gran catalizador de todo lo que ocurre, de una u otra forma siempre está presente. Sirve de medio de comunicación y dota de unas características parecidas a los *modus vivendi* de las comunidades. Solamente desde una perspectiva, histórica, se podría responder a la inclusión o no, en el mundo mediterráneo, de las cuencas hidrográficas que vierten sus aguas al mar y las poblaciones ubicadas a lo largo de ellas. El valle del Ródano nos lleva hasta Ginebra y Lausana (Suiza) y el Nilo desde Egipto hasta las tierras de los actuales estados subsaharianos de Sudán, Etiopía, Uganda y el lago Victoria. Desde un punto de vista ecológico el área mediterránea estaría determinada por los límites geográficos de la extensión de los cultivos, de los cereales, el olivo o la vid. Sin embargo, desde el punto de vista histórico y antropológico debería ser resuelto por la participación en los acontecimientos históricos o culturales centrados en este mar. Las civilizaciones que se han sucedido en las riberas del Mediterráneo son las que lo definen. Un resultado final en el que la naturaleza es inseparable de la(s) sociedad(es) y la(s) cultura(s) y de la necesidad ineludible de comunicarse de las sociedades humanas.

Las costas del Mediterráneo fueron pobladas desde el Paleolítico, pero fue a partir del 8.000 a.C. cuando los primeros hitos de la agricultura –después de la aparición en Kurdistán y Anatolia– se difundieron por todo Oriente (en Europa a partir del 5.000). Algo más tarde se comenzaron a generar los primeros asentamientos urbanos que terminaron por consolidar lo que se ha llamado “revolución urbana”. Estos fenómenos civilizatorios se fueron expandiendo paulatinamente por el entorno cercano y a partir del siglo VIII a.C. al Mediterráneo, lo que facilitó asimismo el comienzo de los intercambios entre las comunidades como una condición casi imprescindible para su desarrollo. De esta manera, semitas, cretenses, egipcios, indoeuropeos, libios, fenicios, cartagineses, galos, ibéricos, helénicos, etruscos, romanos, y más tarde árabes, otomanos y europeos en general, ligaron sus avances y destinos.

A las grandes “revoluciones” (agrícola y urbana) se sumaron numerosas experiencias e iniciativas civilizatorias, variadas e imaginativas, que se transmitieron de unos a otros y se hicieron comunes. Del mismo modo, los proyectos de cambio, de movimiento, las migraciones y las expansiones estaban en el fondo ralentizados por la ligazón a la tierra, a la climatología y las estaciones y la actividad agropecuaria. Desde esta perspectiva las cosmovisiones de aquellos pobladores debían por un lado incluir la estacionalidad económica y antropológica y, de otro, estar abiertas a las posibilidades de que los fenómenos foráneos desconocidos crearan algún tipo de innovación. La ausencia de dogmatismo y de fronteras culturales ante el devenir podía ser una garantía de una asunción más fluida de los cambios que se producían.

2.1. Conflictividad, intercambios, diplomacia y guerras

Desde el punto de vista geográfico y ecológico la convivencia de distintos paisajes, que van desde las abundantes montañas hasta las llanuras, costas, islas o desiertos, diversifica los ecosistemas y el acceso a los recursos básicos. El resultado es una distribución desigual de los yacimientos metalíferos (cobre y estaño –necesarios para la fabricación de bronce– hierro, plata, oro, etc.), de los bosques, de las tierras de cultivo o de las potenciales llanuras cerealísticas (como las del Ponto Euxino, Norte de África, Sicilia o el valle del Guadalquivir). En consecuencia la potencialidad de las actividades primarias (recolección, cultivos, ganadería, obtención de maderas, extracciones de piedras, sal, arcilla, tintes, metales, etc.), la manufacturas de las mismas, o la creación de las ciudades y sus infraestructuras, dependiente de los recursos disponibles, han condicionado las expectativas y los esfuerzos de las comunidades. Los enclaves más privilegiados para la obtención de estos recursos fueron ansiosamente deseados por todas aquellas poblaciones que alcanzaron unas dimensiones sociales y demográficas imposibles de ser sostenidas en su entorno inmediato –lo que es claramente apreciable en las colonizaciones fenicia y griega y en el Imperio romano–. Además, a todo esto hay que añadir que una parte de la demanda de satisfactores también pudo crecer por la mimesis entre los pueblos.

En gran medida, como hemos apuntado más arriba, todo lo que ocurre lo podemos explicar en clave de conflictos –no necesariamente violentos–, entre los intereses de cada formación humana. Los intereses para vivir lo mejor posible con las especies de plantas y animales mejores para la alimentación, las hierbas y las especias para su condimentación y conservación, la madera para la combustión y las construcciones, las piedras para la construcción, decoración y “preciosas” para el ornato y el lujo, las manufacturas para realizar mejor algunas tareas. Las necesidades internas y las desigualdades entre cada uno de los actores mediterráneos se convirtieron en la fuerza motriz de las relaciones exteriores, tendentes a corregir estos desequilibrios a través de los intercambios. Las normas y las manifestaciones culturales pueden ser vistas así como articulación de conflictos e intere-

ses en el interior de cada sociedad que, asimismo, participa en las relaciones exteriores.

La diplomacia intenta conocer y conciliar los intereses de las entidades humanas y sociales. Puede actuar a distintas escalas pero su función más relevante es la relación entre comunidades con instituciones representativas o estados. Es la medida más eficaz para obtener el máximo de beneficio, ya que a través de encuentros, embajadores o matrimonios, se sellan alianzas y pactos que facilitan la mutua ayuda o los intercambios. Es obvio que la diplomacia ha estado siempre activada aunque quizás no se le haya dado la relevancia merecida por su carácter discreto, cuando no silencioso (MUÑOZ-LÓPEZ MARTÍNEZ, 2000).

El intercambio, entendido de una manera amplia, es una vía pacífica de regular los conflictos entre el grupo o el individuo que obtiene aquello de lo que adolece o necesita. Los primeros intercambios se producen justamente en este sentido donde, a través de los regalos, los obsequios, el don y el contra-don, el trueque, las ofrendas, los presentes (con un valor, en la mayoría de las ocasiones, más simbólico y subjetivo que real), etc., se satisfacen necesidades sociales, políticas y también materiales y económicas. Incluso debieron ser las actividades religiosas y sociales las que le dieran la cobertura (contactos, vías, ritos, protocolos, etc.). Posteriormente, cuando el intercambio se normaliza e institucionaliza, los objetos y los bienes adquieren un valor de cambio. A la par se produce la comunicación y el intercambio cultural en el que la lengua es el vehículo, que además se modifica como resultado de este proceso.

También el uso de una medida convencional, que tiene su más alta expresión en la aparición de la moneda acuñada (a partir del s. VI a. C. en Lidia), es una manifestación clarísima de los fenómenos que estamos describiendo. Asociada a un desarrollo de las transacciones económicas y a una estructura urbana compleja, supuso un cambio cualitativamente importante en la esfera de los intercambios. Su nacimiento, por tanto, debe relacionarse con la preexistencia de una relativa complejidad en las actividades realizadas en estos niveles. Las continuas valoraciones realizadas en las operaciones de intercambio, su internacionalización, el aumento cuantitativo de funcionarios, artesanos, tributos, arrendamientos, pagos de salarios, botines o esclavos, la existencia de un sistema de pesas y medidas, son circunstancias que de una u otra forma pueden estar relacionadas con la extensión de la moneda.

Como en tantos otros fenómenos históricos, las colonias griegas y fenicias y la expansión de Alejandro Magno contribuyeron a que las acuñaciones de monedas se extendieran por todo el mundo mediterráneo. De esta manera su uso llegó a ser familiar para muchas sociedades, incluso aquellas que no la emitían pero sí tenían capacidad para ser receptoras de las piezas puestas en circulación por otros estados. Y, así, la moneda se extendió por el Norte de Africa, la Península Ibérica, Sicilia, Magna Grecia, etc. También la existencia de distintos metales y patrones en muchas ocasiones hacía complicados los cambios. Por ejemplo, en el mundo griego coexistían los patrones shekel de oro, babilónico o persa, fenicio, egineta, eu-

boico-ático y el dracma corintio. Este obstáculo para poder ser salvado necesitaba de un sistema de equivalencias y conversiones, complejo y dificultoso y, sobre todo de la voluntad de las partes para entenderse. La extensión de la moneda es paralela a la existencia de excedentes, los intercambios de mayor alcance, la metalurgia, sistemas metrológicos, la escritura, el urbanismo, el estado, dioses y las normas culturales.

Las tablillas de arcilla del triángulo Egipto-Mesopotamia-Asia Menor nos informan de ámbitos, si no directamente políglotas, sí bilingües e incluso trilingües, lo que sería normal a lo largo de todo el Mediterráneo, como se puede comprobar en la escritura lineal cretense. La convivencia y los préstamos entre lenguas son un reflejo del desarrollo de las relaciones que tiene un punto álgido, como tantos otros fenómenos, en las colonizaciones helenas y fenicias. El helenismo y el Imperio romano después supondrían el necesario encuentro de síntesis de la lenguas griegas y latinas con otras muchas de desigual entidad que, en muchos casos, resistirían a la unificación política. En el mismo contexto hemos de considerar la invención y difusión de la escritura, que fue el fruto de una conjunción de esfuerzos, de un lado de los portadores de tal técnica, de otro de los receptores de “traducir” sus lenguas, y sus culturas, dotándolas de un instrumento de preservación y conservación tan importante. Otro ejemplo del intercambio intercultural es el sincretismo religioso; ya fuera por un cierto fondo común de ideas religiosas, ya por el carácter politeísta y antidogmático de muchos de estas religiones, entre ellas la griega y la grecorromana oficial del Imperio, lo cierto es que se produjo un aceptable nivel de convivencia en este ámbito, a veces motivada por el respeto, tolerancia y la coexistencia mutuos, otras por el pragmatismo social y político. Podemos afirmar que, de manera genérica, la presencia en una cultura cualquiera de un culto o un dios de origen extranjero sirve, en principio, para atestiguar el contacto.

Por contra, las guerras, un recurso en manos de los monarcas, aristocracias o grupos dominantes, han sido ampliamente difundidas por la impresión y conmoción que causan entre los testigos de esta forma tan brutal de violencia y, justamente, por ser un instrumento de los poderosos, que de esta manera construyen y “escriben” la historia. Cuando las guerras, el más negativo escenario posible, de diferentes escalas y magnitudes (Médicas, del Peloponeso, Samnitas, Púnicas, Ilirias, Mitrádicas, Macedónicas, Roma-galos, rebeliones judías, etc.), como expresión máxima de la violencia y, por tanto, repudiada por la mayor parte de la población, tuvieron lugar, el resto de los mecanismos de relación continuaron funcionando. La diplomacia continúa trabajando ahora con la urgencia de acabar lo antes posible con la pérdida de vidas, los prisioneros de guerra, la destrucción de ciudades. La firma de una alianza, un pacto o un tratado de paz es generalmente, a pesar de la asimetría entre los actores, la mejor solución posible. La guerra busca en la mayoría de las ocasiones el control de las fuentes de riqueza y del intercambio que las garantiza, en segundo lugar porque en la búsqueda de la imposición de la hegemonía política que persigue necesita de la diplomacia y la negociación para imponer sus condiciones,

en las que raramente busca la eliminación completa del enemigo, necesaria para reproducir las condiciones que persiguen; y en tercer lugar porque la búsqueda de la más rápida rendición –la victoria– es siempre preferible a la continuación de las operaciones militares y del gasto que éstas suponen.

Todas las formas de relación, diplomacia, intercambios, imperios e incluso las guerras, son, con un cierto grado de contradicción, circunstancias que han favorecido la creación del entramado mediterráneo. Una construcción histórica e imprescindible para la construcción y el mantenimiento del desarrollo alcanzado, e incluso en algunos casos para la supervivencia.

2.2. La trama mediterránea

La conflictividad, los intereses en juego vistos en el apartado anterior, generan una cierta dificultad para identificar una historia unitaria del Mediterráneo, en la que sus actores aparezcan como protagonistas de una misma realidad. En la que estados, monarcas, aristocracias, campesinos, comerciantes, pastores, hombres, mujeres, culturas y religiones, independientemente de su coyuntural poder político, supremacía económica o hegemonía, se reconozcan hilados a lo largo de tiempo. Sin embargo, nadie duda de que esta unitariedad existe. Desde una perspectiva general *ningún acontecimiento importante escapa de la acción de la trama* (SID AHMED, 1998).

Como estamos viendo, podríamos reconocer distintos ámbitos o niveles operativos de la *trama*, que se conjugan o manifiestan aisladamente. En un primer nivel situaríamos el conocimiento, la información sobre los puntos más o menos cercanos, y los contactos accidentales y esporádicos, tendentes después a convertirse en relaciones de vecindad, diplomáticas. Tendrían como objetivo reconocerse los unos a los otros, darse por enterados de su presencia, agasajar a los vecinos, permutar cumplidos y embajadas. En un segundo nivel, las relaciones de intercambio propiamente dicho, en las que productos cargados de cierto valor de uso –y de cambio– son reconocidos por las comunidades que necesitan de ellos para realizar algunas actividades individuales o colectivas. En todas ellas también se puede ver cierta gradualidad, siendo esporádicas o continuas; usando puntos de enlace fijos o no; silenciosas (sin dejar rastro directo), con infraestructura física (puertos, fortalezas, atalayas, etc.); realizadas por especialistas (comerciantes, artesanos, navegantes...) o con respaldo del estado (embajadas...); etc. Como tercer nivel podríamos contemplar aquellas situaciones en las que se produce una integración en el mismo sistema político de diversas sociedades. Este último proceso viene normalmente de la mano de un poder central que supedita bajo su control las decisiones políticas, sociales y económicas más importantes del resto de las comunidades.

Igualmente, las comunidades que de una u otra forma se relacionaban con el Mediterráneo, tenían la necesidad de tener un mapa conceptual en el que ubicar todas las realidades (geográficas, económicas, culturales y políticas). Bien es cierto que la mayoría de la población no tendría estas preocupaciones pero sí, al me-

nos, las élites políticas y los comerciantes, para los que algunas de sus decisiones estarían imbricadas con otros espacios más o menos cercanos. Todo lo cual les obligaba, en definitiva, a tener unos presupuestos mentales relativamente abiertos para integrar en ellos aquella realidad múltiple y variada. Aunque la evolución posterior del pensamiento mediterráneo, probablemente asociado al poder de los grandes estados e imperios, perdió parte de sus elaboraciones y de sus matices, desembocando en un pensamiento más centralizado y menos intercultural.

En suma, en el Mediterráneo coexisten a lo largo de todo el tiempo grupos y comunidades con diferentes experiencias de desarrollo, organización, y en la regulación de los conflictos que se manifiestan tanto en las relaciones exteriores como en su interior. La relación y articulación a lo largo del tiempo de todas estas variables solo fue posible, fundamentalmente, al implementar los mecanismos de negociación y diplomacia.

3. UNA HISTORIA DEL MEDITERRÁNEO BASADA EN LA TRAMA

Podríamos decir que la historia, ligada a la aparición de la ciudades-estado y la escritura, del Mediterráneo comienza a construirse con la Creta minoica (2.000 a. C. ...), gracias a sus relaciones con las culturas mesopotámicas y egipcia, hasta el punto de que podríamos afirmar que se convierte en la primera escala de exportación de los principales avances de estas civilizaciones. Pero, además, la realidad minoica sólo es explicable por la creación de una retícula de relaciones entre todas las islas más o menos cercanas (Chipre, Rodas y todas las del Egeo). Después de Creta, Micenas (1.450 a. C. ...) impulsada probablemente por nuevos flujos de población, pero manteniendo gran parte del tejido mediterráneo cretense, cumple la misma función (TREUIL ET ALII, 1992; ABUFALIA, 2003).

Algo más tarde los fenicios (s. VIII a. C.) se convierten en los grandes protagonistas de la creación del “Mediterráneo”, ya que durante siglos –casi todo un milenio– se expanden por todo el espacio de este mar, desde la costa Fenicia hasta más allá del estrecho de Gibraltar, pasando por los contactos con el mundo griego, el norte de África, Marsella, y casi todas las islas. Además los fenicios fueron transmisores “pacíficos” de la cultura, los conocimientos y materias que alimentan el bienestar de todos los pueblos con los que entran en contacto. Ellos inventaron el alfabeto y lo transmitieron a través de sus intercambios al mundo griego que asimismo sirvió de punto irradiador de este sistema de escritura.

A partir del siglo VIII a.C. a este fenómeno culturizador se unirán las polis griegas que a través de sus colonias, también establecidas de manera predominantemente pacífica, solventan parte de sus problemas demográficos y políticos. El resultado final será un Mediterráneo en el que conviven las experiencias y asentamientos locales, con un importante desarrollo de las ciudades como modelo demográfico y social que transmite, a su vez, la agricultura, una especialización en el trabajo, la escritura, el “estado” y abundantes de inventos e innovaciones que suponen un avance de las condiciones de vida de sus pobladores (AUBET, 1987; FANTAR, 1999).

Parece que fue a partir del 760 a.C. cuando comenzaron a fundarse las primeras colonias griegas en el sur de la Península Itálica y Sicilia (Cumae, Naxos, Leontinoi, Catane, Megara Hyblaea, Siracusa, Zancle, Rhegion, Tarento, Crotona, Sibaris, Posidonia, Siris, Pathenope, Gela Caulonia. Y en la segunda oleada, después del 675 a.C.: Abydos, Bizancio, Thasos, Poidee Sigee, Chersoneso, en el Ponto Euxino Sinope, Olbia, Heracela del Ponto, Odessos, Callates, en Africa Naucratos y Cirene, y en el Occidente Posidonia, Massalia, Acrae, Camarina Selinonte, Himera. Agrigento y Thelina. (LOZANO, 1988; RENCONTRE..., 1995). La materialización de estas relaciones fue el inicio de la creación de vías terrestres y marítimas, representadas por los restos de calzadas, puentes, estaciones y puertos, que, sobre las bases geográficas naturales, posibilitaron el desarrollo de estas comunicaciones con todas aquellas con las que se compartían intereses generales. Las corrientes marítimas y los vientos favorecieron el contacto en diversas direcciones; las abundantes islas fueron puntos de enlace; las montañas eran puntos de referencia que complementarían a la navegación; los puertos naturales y los valles de los ríos fueron utilizados como vías de penetración. Y sobre todos estos elementos geográficos, se dibujaron los mapas cartográficos, abiertos a futuras realidades y expectativas.

Esta práctica de relaciones es asimismo apreciable en las biografías de pensadores, filósofos, científicos, artistas, colonos, comerciantes u hombres de negocios, que fueron receptores, reelaboradores y difusores de pautas culturales e ideas. Un ejemplo claro lo tenemos en los primeros filósofos griegos, los llamados “presocráticos”, que, ubicados en el Mediterráneo oriental en los siglos VI y V a. C., pudieron recibir los flujos de ideas entre las florecientes civilizaciones de Oriente (Mesopotamia, Egipto, asirios, persas, etc.) gracias a los puentes establecidos con las ciudades jonias de Asia Menor (que deben ser entendidos desde su ubicación en la periferia del mundo persa). Las dimensiones de estas relaciones no han pasado desapercibidas para muchos investigadores, hasta el punto de que muchos han querido ver en el Oriente el origen directo del pensamiento presocrático a partir de finales del siglo VII a.C. Tales, Anaximandro y Anaxímenes eran de Mileto, Heráclito de Éfeso, Pitágoras nacido en la isla de Samos, de padre tirio, emigrado a Crotona, pero habiendo estado antes, al parecer en Egipto, Babilonia y Creta; Jenófanes, procedente de Colofón, visitó varias ciudades hasta establecerse en Elea (Magna Grecia), la tierra de Parménides y Zenón, Anaxágoras nació en Clazomene y se trasladó a Atenas, de donde era Antifonte, Protágoras era de Abdera (Tracia), Gorgias llegó a Atenas procedente de Sicilia, y así podríamos seguir con la larga lista de pensadores griegos.

Heródoto, el padre de la Historia, es igualmente un reflejo de este fenómeno ecuménico. Nacido en Halicarnaso (Asia Menor), se vio desterrado a Samos, para después residir en Atenas y terminar en Turios, colonia fundada por Pericles en Asia Menor, donde escribió su Historia. Algunas fuentes afirman que, además, visitó Egipto, Bajo y Alto, Asia Menor, Babilonia, partes de Escitia (Olbia, Crimea),

Cirene, Creta y algunas islas del Egeo, casi toda la Grecia continental y la Magna Grecia. Justamente en los inicios de su primer libro hace uso de sus conocimientos globales sobre el Mediterráneo (“nuestro mar”, tal como él lo llama) al hacer partícipes a persas, fenicios, griegos, cretenses, asiáticos, lidios, sirios, paflagonios, jonios, eolios, dorios, lacemonios o cimerios y un sinnúmero de emplazamientos geográficos.

La colisión de intereses entre el naciente mundo griego y los persas, que tendría su episodio más violento en las guerras médicas (490- a. C.), puede ser también interpretada como una manifestación del flujo de relaciones, de la profunda interrelación, que llega al enfrentamiento armado aunque éste no supone, en absoluto, la ruptura de las relaciones en otras esferas y con las propias comunidades e instituciones del mundo griego. La formación de la liga ático-délica y el aumento de la influencia de Atenas –y en general todo el mundo griego a través de las colonizaciones– en todo el Mediterráneo favoreció, por encima de las prácticas “imperialistas” de expansión económica y hegemonía política, el contacto con nuevas culturas y la promoción y continuidad de la interculturalidad mediterránea. Todo lo cual tuvo, en el fondo, su repercusión en el pensamiento filosófico, responsable, en última instancia, de dar una interpretación lo más coherente posible a todo lo que ocurría a su alrededor.

Poco después Platón (428-348 a.C.) nos legó una significativa obra escrita, agrupada en veinte diálogos y unas cuantas cartas, a través de las cuales tenemos la gran fortuna de seguir su pensamiento y las coordenadas en las cuales se incardina. Sus ideas son fruto de los conflictos del mundo en que vivió, por un lado multicultural y cosmopolita, creativo, democrático, expansivo, por otro bélico, patriarcal y esclavista. Podemos admirar la capacidad creativa de los hombres que, teniendo los recursos suficientes, fueron capaces de realizar obras sublimes, tomar como ejemplarizantes los aspectos que consideramos más liberalizadores (búsqueda de la felicidad, la justicia, el bien, la bondad, el amor, etc.) y criticar, con toda rotundidad, el ejercicio de cualquier forma de violencia en cualquier dirección (no ciudadanos, mujeres, esclavos o bárbaros). El pensamiento de Platón es un pensamiento compuesto por todas las aportaciones de sus interlocutores, sus aseveraciones, disquisiciones, aporías y contradicciones. El diálogo es una reflexión pública, basado en el lenguaje como garantía y compromiso del pensamiento democrático. El logos se convierte en diálogo cuando se dan estas condiciones, los nomos de los presocráticos podrían ser contemplados, escuchados, por el público impasiblemente, sin participar; la comunicación, la interacción no existe, sin embargo ésta es condición *sine qua non*, el diálogo es el enlace entre dos o más personas en su búsqueda de las informaciones e interpretaciones. La mediación para estos objetivos es el lenguaje, que se adapta a los interlocutores, a sus conocimientos, inquietudes y demandas, para interaccionar unos con otros, de tal manera que el propio medio se modifica para cumplir mejor su función. Son muchas las preguntas socráticas que el lenguaje tiene que asumir e intentar resolver con la cooperación, absolutamente imprescindible, del resto de los interlocutores.

Alejandro Magno (356-323 a. C) en su expedición por el cercano y lejano Oriente utilizó un amplio despliegue diplomático a su paso por Iliria, Persia, Egipto, Afganistan, Pakistán, Uzbekistán, Tagikistán, Irán, Bactria, e India. La *homonoiá* (igualdad de los hombres) defendida por él es tal vez la expresión más clara de tales presupuestos. A pesar de los controvertidos aspectos de este personaje, de lo altamente entrópico de su aventura, sin la diplomacia hubiera sido completamente imposible. El mundo oriental había permanecido presente en el imaginario griego a lo largo de los siglos. La expedición de Alejandro Magno puede representar, entre otras cosas, la realización del sueño griego de unir lo helénico y lo oriental.

El Imperio romano es la única experiencia política que unifica todo el Mediterráneo, por tanto su significado histórico es inmenso. Como tal imperio utiliza como último recurso la fuerza (los ejércitos y la guerra) para lograr su objetivo de mantener la unidad política que, en definitiva, garantiza el control de los recursos por la aristocracia gobernante. Pero otros elementos tales como la diplomacia, los intercambios y la interculturalidad son esenciales, nos atreveríamos a decir que imprescindibles, para mantener la unidad con el menor gasto posible, lo que a su vez le da mayor coherencia. A partir del siglo III a.C., y con la certidumbre de tener bajo control a la Península Itálica, la expansión de Roma va a superar los límites de sus costas para alcanzar Sicilia, Córcega, Cerdeña, Libia, África, Península Ibérica, Iliria, Macedonia, Grecia, y así hasta controlar todas las costas y realizar una penetración desigual hacia el interior de las tierras continentales. La capacidad de control y gestión de gobierno de las élites romanas hizo que, en general, esta unidad se mantuviera al menos hasta el siglo III d. C., es decir, alrededor de un milenio, bajo la hegemonía política, militar y económica y la subsiguiente homogeneización cultural e ideológica. Aunque estas circunstancias no implican la completa supeditación y sometimiento a todas y cada una de las facetas sociales, tanto por la resistencia de los pueblos como por las concesiones de la diplomacia romana, que siempre negociaba con la intención de controlar los aspectos esenciales.

La pérdida del control político por parte de las élites romanas queda explicitada en lo que se ha venido a llamar “división” y “caída” del Imperio romano, que en realidad es la suma de una serie de circunstancias internas (agotamiento del sistema político y económico de base esclavista, disensión de diversos grupos y resistencias culturales y étnicas) y externas (principalmente los “bárbaros”, aunque nunca se sabrá bien claro cuáles de ellos estaban dentro y fuera de las fronteras). Este proceso estuvo sujeto a vaivenes en todo su espacio político entre los que se incluye los problemas en los *limes*, las pérdidas de control sobre determinadas zonas, los intentos de separación finalmente consumados en dos partes y la fragmentación del Occidente. Frente a este panorama ausente de un poder unificador, sin embargo, permaneció en las élites mediterráneas la preocupación por la búsqueda de una nueva unidad bajo los “ideales” de Roma, con unas consecuencias prácti-

cas más o menos intensas y duraderas. A ella se sumará el cristianismo que, en un curioso bucle histórico, y manteniendo como capitalidad esta misma ciudad, demostró un renovado interés en recuperar el espacio sagrado del Imperio romano y cristiano.

La desaparición de este poder unificador también permitirá que se visualicen pueblos que hasta el momento aparecían ocultos o a las propias puertas del Imperio. Tal es el caso de los visigodos que, procedentes de las tierras actuales de Rumanía en el siglo IV d.C., comienzan a movilizarse hacia el sur y, después de pasar por los Balcanes y la Península Itálica, se asentaron definitivamente en Hispania, a partir del siglo V, donde fundaron un reino independiente y convivieron con las instituciones, culturas y modos de vida previos. Aproximadamente un siglo después (568-9) una tribu germánica, los lombardos, procedentes de Pannonia (actual Hungría), invadieron el norte de la Península Itálica, donde asumieron gran parte de la cultura romana y permanecieron como reino hasta finales del siglo VIII, en el que fueron vencidos por el Imperio Franco.

Desde el siglo V al XVI d. C. tres grandes realidades históricas coexisten y conviven, en muchos momentos: Bizancio, el Islam y el mundo cristiano de Europa Occidental. Todas ellas reconocen el legado anterior, de una u otra manera, y, además, van a estar fuertemente interaccionadas. Bizancio representa, realmente, la línea de continuidad más clara del Imperio Romano: por un lado debido al aspecto meramente sucesorio: Arcadio, era el primogénito de Teodosio que heredó, en el 395 d.C., la *pars orientis* de todo el Imperio; fue también el centro de poder donde se conservó la coherencia política a lo largo del tiempo; además fue el ámbito cultural que representó la continuidad del legado cultural griego (que coincide casi en su totalidad con esta parte oriental del imperio), asumido por Roma como un componente esencial de la cultura mediterránea. El emperador bizantino Justiniano (527-565) realizó un último intento de reunificar políticamente el imperio realizando importantes conquistas de la parte occidental (África, Italia, costa levantina de la Península Ibérica, Este de la Península Balcánica, y algunas islas), pero sus esfuerzos no pervivieron demasiado. El imperio bizantino se fue debilitando lentamente, como siempre las causas interiores estuvieron ligadas a las exteriores. La expansión de las enseñanzas de Muhammad (570-632) y la unidad e influencia alcanzada por Carlomagno (742-814) en Occidente tendrán continuidad social y política en los siglos siguientes.

Haciendo uso de la mitología griega podríamos afirmar que la mediterraneidad se ha visto sujeta al “síndrome de Penélope” en el que continuamente se teje y se desteje. En cualquier caso el tejido, la *trama*, permanece sobre un mismo bastidor, con un mismo proyecto que nunca termina de estar acabado pero que, sin embargo, es una realidad que rompe las fronteras estáticas.

BIBLIOGRAFÍA

- ABULAFIA, David (ed.) (2003), *El Mediterráneo en la Historia*, Crítica, Madrid.
- AUBET, María Eugenia (1987), *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Bellaterra, Barcelona.
- BAS PEIRED, Carles (2002), *El mar Mediterráneo: recursos vivos y explotación*, Ariel, Barcelona.
- BLÁZQUEZ, José María (1999), *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*, Cátedra, Madrid.
- FANTAR, Mhamed Hassine (1999), *Los fenicios en el Mediterráneo*, Icaria, Barcelona.
- LOZANO, Arminda (1988), *La colonización griega*, Akal, Madrid.
- MUÑOZ, Francisco A. (2005), Qué son los conflictos, en MOLINA RUEDA, Beatriz y MUÑOZ, Francisco A. *Manual de Paz y Conflictos*, Universidad de Granada, Granada.
- MUÑOZ, Francisco A. y MARTÍNEZ LÓPEZ, Mario (2000), “Hacia una historia de la Paz” en MUÑOZ, Francisco A. y MARTÍNEZ LÓPEZ, Mario *Historia de la Paz. Actores, tiempos y espacios*, Universidad de Granada, Granada, pp. 399-447.
- MUÑOZ, Francisco A. y PÉREZ BELTRÁN, Carmelo (2005), Manifestaciones de la Paz en el Mediterráneo. ¿Mosaico o rompecabezas? en PÉREZ BELTRÁN, Carmelo y MUÑOZ, Francisco A. *Experiencias de Paz en el Mediterráneo*, Universidad de Granada, Granada, pp. 15-57.
- PREAUX, C. (1984), *El mundo helenístico. Grecia y Oriente (323-146 a.C.)*, 2 vols, Labor, Barcelona.
- RENCONTRE SCIENTIFIQUE EN HOMMAGE À GEORGES VALLET (1995), *La colonisation grecque en Méditerranée Occidentale: actes de la rencontre scientifique en hommage à Georges Vallet...* Ecole Française de Rome, Roma.
- SID AHMED, Abdelkader (1998), *El Mediterráneo de la integración a la fragmentación: los intercambios de la Antigüedad a nuestros días*, CIDOB, Barcelona.
- TREUIL, René, DARCQUE, Pascal, POURSAAR, Jean-Claude y TOUCHAIS, Gilles (1992), *Las civilizaciones egeas del neolítico y de la edad del bronce*, Labor, Barcelona.

